

LA VIDA DE LA RAZON Y LA VIDA DE LA INTELIGENCIA

Por *CARLOS BETANCUR ARIAS*

Qué pequeñas son, frente a la razón íntima de nuestro existir, las cosas de la tierra. En nuestra condición de humanos, suma de un alma y un cuerpo, tenemos funciones nobilísimas que elevan y dignifican sobre modo la vida, determinan de manera evidente nuestro fin, y alientan nuestros medios existenciales con ahinco. Cuando el hombre se ha encontrado en frente de la vida, con el cúmulo de responsabilidades que pesan sobre los hombros de su destino, ha tratado siempre de determinar los medios que lo ayuden en el camino del progreso, como si fuera una lámpara de luz viva que orientara sus pasos e iluminara sus vías.

Así ha ido por en medio de sus dificultades, sorteándolas con la vida de la razón, y en su afán y en sus empeños diarios, desde que amaneció el primer sol sobre su frente, ha inquirido las pequeñas verdades que, como rayos dispersos de un inmenso foco céntrico, estaban alentando esta labor de descubrimiento universal. Por este modo el progreso en el orden inmanente del espíritu, es el avance constante en el descubrimiento de esas verdades que, determinadas por la vida de la razón, van en busca y seguimiento de la vida de la inteligencia que es, en este caso, síntesis de las verdades descubiertas y operantes, porque a medida que nos acercamos al foco inmenso de Dios, verdad absoluta, la vida de la razón va desapareciendo por la unión y concentración de los rayos, hasta hacerse en nosotros más patente la vida de la inteligencia que nos lleva hacia la serena intuición. Y por esos caminos el hombre, tras la búsqueda de la verdad en todos los órdenes, se acerca a Dios.

Y, si hacemos caso omiso de los avances en el orden de la civilización, vemos que para la cultura el hombre ha tenido siempre atento oído y corazón alerta. Se ha encontrado en medio de una creación que le sirve, por designio providencial, con todos los

medios que Dios sembró en la propia naturaleza. Y de este mundo externo, que eleva el alma a la contemplación del Creador, ha pasado a lo que un filósofo antiguo llamó el pequeño mundo interior, que en realidad supera a la creación extrínseca, y se ha topado atónito y desconcertante, con las operaciones inexplicables del alma racional que tiene siempre sed de verdad, ansias de bien, y afanes constantes de belleza.

Y fue ese el móvil que determinó en las culturas antiguas, sin edades y sin geografía, los primeros pasos hacia el mundo de la inteligencia, por las vías cada vez más iluminadas de la razón. Y al rededor de quien había encontrado una pequeña idea, envuelta en veces en los pobres harapos de la fantasía, se congregaba el pueblo a saciar sus ambiciones de verdad.

Por este modo, en el discurso de la cultura de los pueblos, cuando acusa la vida una falla de la realidad, el hombre ha tratado de llenar los vacíos de su ambición con las fermentadas creaciones de su fantasía, que vienen a usurpar el asiento de la verdad. Las mitologías, que todos los pueblos han tenido en el inicio de su vida cultural, no son otra cosa que la necesidad humana de una verdad no encontrada, que lleva, por los caminos de la imaginación, al error. Los vocablos mitológicos han sido antes léxico del vulgo, adaptado a cualquiera circunstancia ambiente que trate de explicar una situación de la vida racional, frente a lo desconocido. Las ciencias, la física, la astronomía, la geografía, fueron primitivamente sitio en donde se movió, como en su propio trono y palacio, la mentira de las creaciones imaginarias. Eolo fueron llamados los vientos, así con nombre propio que explicara frente a un fenómeno de la naturaleza, la razón de su movimiento; el cronida Zeus se hacía patente en el choque de dos nubes de electricidad contraria; el Olimpo era el monte desconocido, de belleza irreal si lo comparamos con la naturaleza conocida; el sol era Apolo que venía, tras los leves pasos de la Aurora, a quien dieron nombre de mujer por los vagos tonos de sus luces; el flujo y reflujo de los mares era la concreción fantasmagórica de los movimientos vitales de Neptuno. Y aún en nuestra propia época, cuando la cultura ha sido robustecida con verdades que explican en mucho nuestro existir, pueblos hay en donde la fantasía, ayudada por la visión de las albas nubes del horizonte, ha creado un mar de leche en donde tiene asiento el cascarón terrenal que nos soporta.

Cuando la razón se adentró por los campos de la verdad, si nos circunscribimos a Grecia en la época de su áurea etapa, hubo una inmensa lucha entre los imaginarios que seguían aferrados a sus creaciones míticas, y los hombres que, iluminados por los principios que dimanaban de la inteligencia, se estaban constituyendo en iconoclastas de todos los errores. Por eso no es raro encontrar al pueblo lloviendo piedras de escándalo, y tronando palabras de maldición sobre Anaxágoras de Clazomene, que iba diciendo y enseñando a los que se reunían a su vera, —semilla de las primeras universidades—, cosas extrañas acerca del sol y de los fenómenos naturales, con las cuales quebraba por sus bases la estructura de un edificio mitológico levantado en el viento de una loca imaginación; y que también iba enseñando que no eran dioses sus divinida-

des y que sólo existía un espíritu animador del universo, que ejercía su influencia desde lo íntimo del hombre. Y no hay que olvidar que Anaxágoras fue un seguidor audaz de Pródicos, llamado el retórico, y que a su vez fue el antecesor de la doctrina filosófica de Sócrates. Pocos fueron, en un principio, los que se reunieron al rededor de estos personajes, por miedo a la persecución social y a la colectiva aversión. Porque todos ellos, los audaces que estaban destruyendo los altares de la mitología, tuvieron que beber la cicuta o salir de su patria, para defender y conservar el mundo de sus ideas.

Un gran trágico, Eurípides, concrecionó esas doctrinas en obras que fueron ocasión de escarnio y que atrajeron los guijarros de una multitud escandalizada y temerosa de la venganza de los dioses burlados. Eurípides fue discípulo personal de Anaxágoras, y amigo muy íntimo de Sócrates, y fue el divulgador heroico de las verdades que no tenían otro medio de difusión, entónces, que la máscara resonante de los actores de las tragedias, en las fiestas de Dionisios, para celebrar, precisamente, el advenimiento anual del "Daimón", espíritu de la fecundación universal. La fecundación estaba, de esta manera, por el advenimiento de una nueva verdad, sufriendo una metamorfosis: la feracidad de los campos en donde se hundían las raíces de las vides grávidas de la sangre de Baco, era ya la semilla que germinaba en el humus fértil de la razón y daba cosechas de verdades que reemplazaran los antiguos mitos.

Los filósofos se sucedieron, en ese y en otros pueblos antiguos, y descubrieron que la vida de la inteligencia se mueve precisamente en las alas abiertas de la razón. Trataron de investigar la razón última de las cosas y fueron, con pasos constantes y seguros, descubriendo el mundo de la inteligencia que se sobrepone en mucho, como desde entónces lo entendieron, a las fáciles conquistas de la materia.

Los bizantinos, exilados por los turcos de su patria, establecieron en Roma, en los primeros tiempos del medioevo, una escuela de humanidades. Los retóricos y los filósofos y los juristas y los teólogos, discurrían por los palacios de los grandes que cifraban su orgullo en rodearse de quienes enseñaban las verdades de la existencia. Dante fue acogido en medio de los poderosos, no empuje la arisca y hurafña forma de su vida, porque era sabio. Los monjes reunieron en sus pacíficos cláustros a los ambiciosos de verdad y dieron lecciones al mundo que todavía iluminan la vida de la razón.

De ahí en adelante se encuentran en el mundo de la sabiduría las fundaciones que, con la vigilancia de los grandes y poderosos y bajo la tutela de la Iglesia Católica, llevaron el nombre de universidades. Universo, dice relación inmediata a la variedad en la unidad, a la concreción de todos los medios que informan un solo todo. Universidad es, desde ese entónces, la reunión bajo un amparo común y frente a idénticas ambiciones, de los anhelos de la verdad única, dispersa en los rayos benéficos que cada inteligencia dinámica recibe.

La ambición de progreso en todos los órdenes espirituales, que es sustentáculo de la vida social en sus fundamentos esencia-

les, es la razón de ser de una universidad. La cultura determina la propia vida de los pueblos en cada una de sus etapas históricas, y debe tener por finalidad inmediata la razón, la libertad y el sentimiento: es decir, la conquista y posesión de la verdad por medio de la sabiduría; el alcance del bien por medio de la libertad en el orden moral; y el huego del sentimiento y la satisfacción de las necesidades humanas por medio del arte y de la industria misma.

La universidad en los tiempos modernos, en la época histórica que atraviesa la humanidad, tiene imponderable responsabilidad. El mundo se debate en medio de ciegas pasiones que obnubilan, con desconcertante frecuencia, el pensamiento frente a los problemas humanos. El hombre enloquecido por sus apetitos ha ido tras la civilización con demasiado afán, y ha olvidado las fuentes que nutren de energía vital aquello mismo que tanto ama y anhela. El ha creado la civilización de la máquina, que es indiscutible elemento de vida, regalo de Dios para que el sudor de la frente con que se amasa el pan cotidiano no sea mera ilusión en la vida racional, sino que posea su manifestación extrínseca; pero se ha ido olvidando de los principios inmanentes que son vía indiscutida hacia nuestro eterno destino, si seguimos los caminos que la Providencia nos ha trazado.

Porque debemos entender que la civilización, como medio de utilizar las fuerzas de la inteligencia en orden a la satisfacción de las necesidades humanas, es el haz de luces que el espíritu aprisionó en el foco eléctrico, pero que el fluido misterioso que nutre sus emanaciones y que se difunde por los cauces eternos de la vida, es la corriente de la cultura, sin la cual es imposible luz alguna en el mundo de las realidades físicas. Primero está, por este simple razonamiento, la libertad en el orden moral, como medio para alcanzar lo bueno, que la máquina que destruye al hombre; es superior en todos los órdenes la sabiduría, como difícil sendero hacia verdad, que los pasmosos descubrimientos e invenciones que transportan en segundos el pensamiento en su cristalización material; está más alta, en el plano de las prelacones humanas, la afección que nos impulsa hacia la belleza en todas sus manifestaciones, que la satisfacción de las necesidades materiales.

Por eso la juventud universitaria, de espíritu generoso y alma abierta como inmenso abanico que ilumina la mirada de Dios, tiene en los claustros un inmenso destino y afronta responsabilidades ponderosas; Dios y la patria tienen sembradas en este ambiente escogido para semillero, las esperanzas integrales de su porvenir. La universidad colombiana debe sentir este destino en su regazo, para que la historia de su futuro sea fecunda en frutos de sabiduría, de libertad y de prosperidad.

Y en esta universidad, Pontificia y Bolivariana, —como para unir en dos palabras que tienen fruiciones maternas, los destinos más cimeros del hombre, Dios y la Patria, su destino eterno y su temporal finalidad, lo permanente en relación con la cultura que, por razón evangélica, se asienta en Roma, y lo más profundo y sustancial de su vivencia temporal que es el sentido patriótico—, se acendra con diario afán y con creciente lucha este claro sentido que nos lleva hacia lo absoluto que es Dios, como verdad,

bien y belleza, que ilumina la creación material y la humana razón con su inefable presencia.

Esa es la parte sustancial, la forma, de lo que en este centro de cultura se entiende por espíritu universitario. Abarca él desde la fácil y emotiva manifestación del alma infantil de quien empieza a descubrir las luces de su razón; la clara noción del estudiante que ha progresado sus pasos por las sendas tortuosas y difíciles de la cultura general; hasta la serena concepción del hombre que, veladas las armas de sus propósitos y de sus conocimientos específicos en orden a una profesión, se enfrenta con la vida, armado caballero de estos ideales, simbolizados en los pendones rojos y negros.

Obvio es, y huelga su expresión, que para adelantar esta obra de inmensas resonancias culturales, la Universidad necesita que ese espíritu sea algo real, algo permanente, algo firme, al mismo tiempo que dinámico y capaz de elevar las fuerzas de la inteligencia y los poderosos impulsos del corazón al nivel de sus programas y al plano de sus ambiciones. El espíritu que anima esta conquista, el alma que informa esta cruzada debe alentar en la vida integral de quienes hemos sido llamados a este servicio y hemos jurado estas banderas. No puede haber exclusiones ni dilaciones; no pueden existir en este ambiente, y no existen de hecho, los vacilantes ni los pusilánimes. Bien sabemos que oficiamos en estas jornadas; que la brega es dura y áspero el camino; que a las cumbres que todos nosotros estamos ambicionando sólo suben los que tienen capacidad de sufrimiento, los que han salido vencedores por fuerza de la voluntad, en la lucha contra las diarias incitaciones que hacen los apetitos mal dirigidos y descontrolados.

La faena diaria vibra en el afán del pequeño que capta las mágicas proyecciones de las vocales; en el estudiante que aprehende las claras verdades necesarias para el intercambio cultural en sus formas más comunes; en el acosado y responsable hombre de profesión que se prepara para el servicio social; en el profesor que es fiel a su vocación y a su consigna; en el superior que se esfuerza sin descanso por encontrar un cauce a las ambiciones juveniles; en el rector que sostiene el terrible peso de esta responsabilidad, con fe serena en el destino que Dios le ha impuesto y que El mismo le ayuda a sostener. Ese afán constante, ese deseo de superación, ese anhelo de acertar, en todos los elementos que forman este inmenso organismo, es la cristalización en obras de lo que aquí se entiende por espíritu universitario.

Señores:

Un nuevo año de labores intensas ha terminado; los frutos cosechados han dejado tranquila a la Universidad, como quien reposa después de la dura jornada bien cumplida; pero sus ambiciones están despiertas y se han aumentado con el discurso de un nuevo año; no hay tregua en este laborar ya que la Universidad siente sobre su propio espíritu las responsabilidades de su nueva posición frente a la cultura católica. Nuestros muertos, que son las avanzadas que vigilan el germinal de los propósitos comunes, desde

las estrellas de Dios, están exigiendo nuevos esfuerzos y progresos nuevos. Para esta Universidad hay una consigna que grita todos los días, desde el fondo del corazón de cada bolivariano, el mandato de la superación.

(Conferencia leída en el Acto de Clausura de Estudios del año de 1946, en la **Universidad Pontificia Bolivariana**).